



Juan Marsé.

TRIUNFO.—Scott Fitzgerald, John Updike, Vargas Llosa, quizá Norman Mailer, en el caso de los escritos en prensa, ¿qué autores han influido más en tí?

JUAN MARSE.—De influencias podría hablar extensamente. Yo, sin embargo, matizaría entre las influencias evidentes y otras que se mueven a nivel subterráneo y que coinciden en un momento inesperado. En cuanto a las primeras, las evidentes, Scott Fitzgerald y, sobre todo, la novelística del diecinueve. También Henry James, Stevenson y Chesterton.

—¿Te has identificado con narradores de problemática obrera, como Allan Sillitoe o Vasco Patróni? Y, por otra parte, ¿a qué se debe la técnica compleja de tus novelas al abordar temas de la periferia?

—Allan Sillitoe y Vasco Patróni me han interesado por su forma de escribir, al margen de la temática. Respecto a la complejidad técnica, se debe a que el material es, desde un principio, igualmente complejo.

—En el caso de "Si te dicen que caí", me propuse reproducir mi infancia en el barrio, y ya al empezar supe que la estructura sería compleja, porque en la novela habría muchas historias que contar. De haberlo podido evitar, lo habría hecho. Llegó un momento en que tenía escritas mil páginas y había que sintetizar, aunque el material daba para un segundo libro.

—En "Últimas tardes con Teresa" llamaba la atención tu posible desdoblamiento personal. Al margen del "Pijoaparte", hablas brevemente de un Marsé dedicado a pellizcar el trasero de las muchachas en un baile.

—En "Últimas tardes..." había mucho de novela del diecinueve, que me interesa mucho, entre otras cosas, por la abundancia de descripciones. Entonces, frente a la omnipotencia del narrador del diecinueve,

que se encontraba en todas partes y se situaba por encima de sus personajes, yo me situé, como burla, en una actividad bien poco noble, como la de pellizcar las nalgas de esas muchachas.

—¿En qué libro trabajas actualmente?

—En una novela sobre un fascista de sesenta años, que escribe sus Memorias. Está en una fase de desánimo, sólo en una casa cerca del mar. Al escribir trata de alterar el pasado para justificarse. Miente. En su vida de solitario aparece una muchacha, su sobrina, que le abre los ojos. Por otra parte, él descubre que lo que ha inventado ha sucedido en la realidad. El título es "La muchacha de las bragas de oro".

Juan Marsé ríe al finalizar la

respuesta, como lo haría al hablar del "braguetazo" del "Pijoaparte" o de que la "eyaculación precoz" no tiene por qué ser sólo historia. El título de su próxima novela, apoyado por sus lacónicas declaraciones, sugiere jocosamente una disertación irónica sobre el fascismo en ropa interior, o sobre el fascismo roto, desvirginizado, como contrapunto a Teresa, por una sana emotividad. ■ **FERNANDO ARIAS.**

Lenguaje y política

Aun sin dejar de reconocer su interés, sobre todo por lo poco tratado del tema, uno se que-

da, sin embargo, con cierta sensación de desencanto tras la lectura de un libro como el de Miguel Angel Rebollo Torío: **Lenguaje y política: Introducción al vocabulario republicano y franquista (1931-1971)** (1). Es verdad que, como se indica ya en el subtítulo, se trata sólo de una "introducción" y que en él no se ha pretendido ni mucho menos agotar el tema. Entonces uno se pregunta si ese cierto desencanto no se deberá al propio enfoque elegido por el autor. Veamos, por ello, antes de nada, cuáles han sido las inten-

(1) Serie Interdisciplinar. Fernando Torres Editor. Valencia, 1978. M. A. Rebollo es profesor adjunto de Lengua en la Facultad de Filosofía y Letras (Cáceres) de la Universidad de Extremadura.

ADIOS A LAS LETRAS

Ahora lo abandonan todo

Lo que abandonaba el sabio en las aceras era lo que recogía el más hambriento. Este es un país de sabios hambrientos que lo abandonan todo. Unamuno fue quizá el sabio que menos abandonó, pero también abandonó sonetos a la vera de Espasa Calpe, que era como una acera en la que comían todos los adolescentes de provincias. Finalmente, Millán Astray, que lo único que abandonó fue un ojo, le dio el golpe de gracia, le obligó al abandono de la vida. "Viva la muerte", le susurró al oído que más le dolía al viejo vasco del Cantábrico. Ante tremendo susurro hay que abandonarlo todo.

Pero ahora abandonan sin que haya gritos. Carrillo abandona a Lenin. Felipe abandona a Marx, al que el bote de pintura de un ácrata de Londres le deja la cara lavada en azul. Nadiuska abandona las bragas. Las chicas de los anuncios abandonan el desodorante, pero lo recuperan antes de que acaben los segundos por los que hay que pagar. Nadie ha abandonado el franquismo, la verdad, pero no hacía mucha falta, porque aquello estaba abandonado a su suerte y no había quien pagara el rescate ni con medallas. Arias intentó pagarlo, pero se gastó el sueldo en escuchas telefónicas, como los enemigos de Areilza.

Los literatos también abandonan. Los literatos que se lavan, abandonan las toallas. Los que, además de lavarse, escriben, abandonan la literatura para mezclarse con la política, que es el terreno donde últimamente se han producido más abandonos masivos.

El escritor que ahora acaba de decir adiós a las letras es Josep Meliá, el crítico de libros de la antigua televisión —"la abandonó para irse a Vivienda": esto es lenguaje de pasillos—, que fue capaz de confundir televisión y literatura y salir airoso del tema, abandona sus errores literarios para unirse a la Ucedé por lo más alto.

Onega, que fue el blanco de los chistes nacionales porque era el que le escribía los discursos a Adolfo Suárez, parece que ha sido sustituido. El mallorquín de boca escasa y verborrea fácil ocupa su puesto. No tendrá problemas de idiomas.

Lo que más le debe preocupar a Meliá es que

va a tener que dejar de ir a las exposiciones, donde se le ve inquieto porque Miró no le divisa, el hombre que es paisano apócrifo y que tanto ha escrito de él. Suárez no va a las exposiciones ni a los actos literarios, de modo que Josep Meliá va a tener que dejar el mundanal ruido cultural.

Creo que el presidente del Gobierno va a acentuar su abandono de la literatura, por temor a errar el bulto, porque ya se sabe que los segovianos ven la literatura a bulto. El sabe de los defectos de Meliá y conoce perfectamente que en un acto literario es capaz de indicarle que el Taylor Caldwell de "Capitanes y reyes" es Erskine Caldwell, un escritor tan diferente.

Suárez se lo lleva como autor de discursos políticos, porque es brillante, entendido, sabio, mallorquín y de Ucedé, y porque no confunde a Miró con Tarradellas. En las oposiciones a estar con Suárez, lo único que puntúa es saber hacer distinciones de ese orden. Lo demás es literatura, y Josep Meliá ha demostrado perfectamente que ese campo lo ha abandonado como un sabio hambriento. ■ **SILVESTRE CODAC.**

"Capitanes y reyes".

